Sonetos italianos
Clemente Althaus



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

OBRA COLABORACIÓN DE USUARIO

Esta obra fue enviada como donación por un usuario.
Las obras recibidas como donativo son publicadas como el usuario las envía, confiando en que la obra enviada está completa y corregida debidamente por quien realiza la contribución.

Clemente Althaus y las Letras de Italia

Por Estuardo Núñez

En el recuento del proceso del romanticismo literario del Perú, está por hacerse la revisión crítica integral de sus más preclaros representativos. Entre ellos fue conspicuo poeta y dramaturgo Clemente Althaus (1835-1881). Para el estudio monográfico de su obra adelantamos estas notas acerca de su formación cultural, que nos revelan su honda afinidad con la cultura de Italia y las letras clásicas latinas.

En sus años de aprendizaje se incorporaron las esencias itálicas a través de su experiencia viajera por tierras de Italia y las lecturas de los grandes clásicos latinos y los modernos escritores italianos. Al contacto con esa realidad y esos efluvios espirituales, se nutrió y engrandeció su genio creador, superando la simple imitación y constituyendo la obra poética original que ha legado y que con orgullo, puede exhibir la producción del romanticismo. Otros espíritus de semejante formación intelectual caben igualmente dentro del romanticismo del Perú y se completaría por lo menos una trilogía de espíritus superdotados y nutridos de humanidades que fueron Pedro Paz Soldán (Juan de Arona), Manuel González Prada y Althaus. Arona tuvo igualmente la experiencia vivida de las letras y de la vida italiana, en la oportunidad de su prolongado viaje por Europa y Oriente, en que pudo pasar algún tiempo en la península. Pero lo detuvieron especialmente los estudios lingüísticos latinos e italianos. Prada no tuvo ocasión de llegar nunca a Italia, pero desde París durante varios años, se profundiza en el estudio de la lengua de Dante y la versificación de los grandes poetas italianos. En cambio, Althaus armonizó con la vivencia italiana. El paisaje, la música, la pintura y las letras fueron sus pasiones desenvueltas en esta tierra -53- acogedora e inolvidable. Lo retuvo en ella probablemente algún amor exaltado, de que dan fe sus encendidas estrofas. Su estilo de frase elegante, el buen gusto característico, el equilibrio en la creación, su ponderada fluencia poética son cualidades fortalecidas en el contacto con los clásicos latinos e itálicos. Pero la virtud formativa de sus traducciones italianas puede explicarnos en conjunto su prestancia literaria y de ella poco o nada ha dicho la crítica hasta hoy.

Clemente Althaus había hecho sus estudios secundarios en Santiago de Chile (entre 1846 y 1851). Allí tuvo maestros europeos que lo familiarizaron con los idiomas modernos y tal vez con el latín. Luego viajó por Europa entre 1855 y 1863 y tuvo oportunidad de recorrer en su larga estada los países más importantes de ese continente. Podría reconstruirse por las fechas

de sus composiciones, su posible itinerario europeo: Francia (1855-57), Inglaterra (1857), Italia (Nápoles, Roma, Florencia y Génova entre 1857 y 1859), España (Madrid y Cádiz, 1859-1860), Alemania (1861 a 1862), y de nuevo Francia (de 1862-63). No hay duda de que su formación humanista fue un tanto desordenada y arbitraria, pero resulta evidente el impacto indeleble que dejan en él ciertas expresiones del arte europeo, y sobre todo, las manifestaciones del arte italiano. Para Althaus hay cosas buenas en este mundo que señalan sus predilecciones:

para solaz y consuelo
de los hombres infelices

Hay el poema de Dante
y los de Homero sublimes,
y hay cuadros de Rafael
y hay música de Rossini.

(«Lo bueno de este mundo», 1866)

Su humanístico interés es múltiple. En la literatura, la poesía de Leopardi inspira su propia musa. Frente a los cuadros de Rafael le brotan varios poemas. En Madrid, su más intensa experiencia proviene de su contemplación de los cuadros de Ticiano. Coreggio le inspira notas admirativas tanto como el efluvio de las noches napolitanas. Y en lo musical, a Rossini (en 1855), después de haber oído por vez primera la plegaria del «Moisés», le dice entusiasmado:

Por esa hora dichosa,
por el celeste olvido
del mundo, de mí mismo, de mis males;
por el alto placer que mi alma endiosa,
a tu valor divino desiguales
estos versos te envío agradecido
¡Oh delicia y amor de los mortales!

(«A Rossini», 1855)

Es indudable que el país del Lacio dejó la más honda huella en su exquisito espíritu de creador. Sus lecturas, tal vez poco sistemáticas y más exaltadas y románticas, afianzaron no obstante una serena cultura clásica, que se percibe en su forma e inspiración interior y en los epígrafes de Horacio. En más de un poema, incluye glosas o intercala fragmentarias versiones de Virgilio y de Homero. Lo mismo hace con su predilecto Leopardi. Leía a los latinos en su lengua original y nutría su espíritu de los grandes italianos desde Petrarca y Dante hasta los

modernos románticos como Guisti, Foscolo y Manzoni. Años después (1872) cuando reunió sus Obras poéticas en vísperas de partir nuevamente a Europa (en 1876) para atender a su quebrantada salud y de donde no habría ya de volver, incorporó a su libro muchos poemas en que palpita inconfundible la vivencia italiana y en que se muestra un fervoroso admirador del paisaje y del alma de Italia. En ese mismo libro definitivo incluyó como apéndice un discurso en prosa titulado «A Italia», que es muy revelador acerca de sus aficiones y de la profunda identificación que estableció con la vida italiana. Era Italia sin duda su segunda patria espiritual. Aparte de los temas de tal índole, incorpora igualmente a ese libro algunas «imitaciones» de cantos populares toscanos, en que se muestra además, cercano a la viva entraña del pueblo meridional y a la romántica devoción por la expresión folklórica. No descuida tampoco su homenaje o la referencia cálida dentro de sus poemas, a las grandes figuras clásicas de Italia, como en ese insigne soneto dedicado «Al Petrarca», que elogió sin reserva Menéndez y Pelayo.

Bajo el influjo de las corrientes humanísticas italianas, Clemente Althaus tradujo del latín algunos fragmentos bíblicos, que también incluye en el citado libro. Lo condujeron a ello cierta mística romántica inclinada a las expresiones de la sensibilidad oriental y su honda formación cristiana. Pero también actuó, sin duda, la tradición literaria del Perú que en diversas épocas había -55- dado culto a las expresiones líricas insertas en la Biblia. Me refiero concretamente a las versiones peruanas de los Salmos que elaboraron en el siglo XVI, Miguel Cabello Balboa; en el siglo XVIII, Pablo de Olavide; en el siglo XIX, José Manuel Valdés y luego el propio Clemente Althaus. Las versiones bíblicas de este último poeta son las siguientes: «El lamento de David por la muerte de Saúl y Jonatás», que es traducción de la Elegía de David, inserta en el II Libro de Samuel, versículos 21-27. Traducción estricta son las tres primeras estrofas. Las tres siguientes constituyen una paráfrasis extensiva. Luego existen dos versiones del Salmo 136 «Super Flumina Babylonis». La primera, muy libre, con este mismo título, y la segunda, que constituye una paráfrasis, con el título «Cantos del Cautiverio».

Aún más que en sus versiones italianas, en estas bíblicas (que trasladó del latín) Althaus se aparta de la tendencia literal en su técnica de traducir y desemboca en una técnica «librista». Esto significa que en general, el texto original constituyó un apunte o impulso de partida para una ulterior elaboración personal. En el comienzo de los poemas la intención manifiesta es volcar el texto primigenio, pero en el desenvolvimiento posterior la imaginación del creador impera incontenible y se abre amplia realización de la propia inventiva. Con todo, Althaus, no llega a traicionar el tono particular de la lírica elegíaca hebrea ni la cristiana concepción de la vida que late tanto en lo traducido como en lo inventado o parafraseado.

La más valiosa contribución de Althaus al conocimiento de la cultura italiana está integrada por la preciosa colección de versiones que tituló Sonetos italianos y que destaca entre la fronda romántica de traductores del siglo XIX. Sus Sonetos comprendieron tres series, aparecidas las dos primeras en el diario La Patria de Lima en 1873, y luego las tres series completas en El Comercio de Lima en 1874, con algunas variantes que anotaremos en el texto de dichos sonetos. En la primera serie, dedicada a Petrarca, figuran 9 sonetos de este autor, a saber: 1) «Recuerda que el viernes santo fue el día que conoció a Laura», 2) «Belleza de Laura», 3) «Vergüenza amorosa», 4) «En presencia de Laura no puede hablar, ni llorar ni respirar», 5) «La noche y la aurora», 6) «Laura en el cielo», 7) «Volviendo a Valclusa años después de la muerte de Laura», 8) «En la muerte de Sennucio, poeta y amante», 9) «A un pajarillo».

-56-

Las versiones itálicas de Althaus denotan una virtud significativa al mostrar una personal predilección: el soneto. Los románticos trataron como todas las escuelas literarias desde el Renacimiento en España y desde el siglo XIII en Italia, patria honrosa del soneto, de dar

nuevo culto a esta tradicional y exquisita forma literaria. Fue aquella, por lo demás, una actitud común a todos los románticos a que se refiere Walter Mönch, en su historia del soneto, contando la anécdota de Guillermo de Humboldt que se propuso cultivarlo intensamente y escribió cada día un soneto entre 1832 y hasta pocas semanas antes de morir en 1835, acumulando así, alrededor de 1200 sonetos, como producto de esa obsesión característica. Althaus se incorpora de esta suerte al conjunto de los poetas peruanos que desde el siglo XVI, con Garcés y Dávalos como cimientos y con Xavier Abril, Martín Adán y otros representativos de las últimas generaciones como coronación, dan lustre a la serena y armónica arquitectura de una historia del soneto en el Perú que aún está por escribirse.

Es interesante confrontar las versiones petrarquianas hechas en el Perú en el siglo XIX con las producidas aquí mismo por Enrique Garcés, en pleno siglo XVI.

Garcés, escritor y minero nacido en Portugal, produjo como es sabido, una versión completa de Los Sonetos y Canciones, durante su larga estada en el Perú, entre 1547 y 1589, lapso en que vivió y laboró como arbitrista, minero y poeta, entre Huancavelica, Potosí, Huamanga y Lima. Su versión de Petrarca apareció en Madrid en 1591. Tradujo, además, (del portugués) Los lusiadas de Camoens y una obra de Patrizzi (del latín). Resulta interesante comparar las versiones de los mismos poemas de Petrarca por un escritor del Renacimiento como Garcés, y por uno del Romanticismo como Althaus, producidas en los extremos de un lapso de casi tres siglos que media entre unas y otras, por lo que nos puede ilustrar acerca de la técnica de traducción empleada y la distinta sensibilidad de sus respectivos autores. Dos estilos diferentes se contraponen. En el renacentista, dominante la alegoría y la fantasía mitológica, de fina estirpe clásica, se advierte el afán literal. En el romántico, se enseñorea la fluencia sentimental, la adaptación al gusto contemporáneo, y aunque hay deseo de mantener la fidelidad, el ímpetu creador avasalla el propósito inicial, y desemboca por momentos francamente en una traducción libre. Althaus lleva la ventaja de conocer profundamente su propia lengua, en tanto Garcés (de lengua materna portuguesa) encuentra -57- a veces dificultades de léxico que sólo salva a medias, o traicionando el genio idiomático. Pero, en veces, la fortuna acompaña a Garcés, quien supera a Althaus, como en la versión del Soneto 260:

Valle, che de' lamenti miei se' piena;
fiume, che spesso del mio pianger cresci;
fere silvestre, vaghi augelli e pesci,
che l' una e l' altra verde riva affrena;

aria de' miei sospir calda e serena;
dolce sentier, che si amaro riesci;
colle, che mi piacesti, or mi rincresci,
ov' ancor per usanza amor mi mena;

ben riconosco in voi l' usate forme,
non, lasso, in me; che da si lieta vita
son fatto albergo d' infinita doglia.

Quinci vedea'l mio bene, e per quest' orme
torno a veder ond' al ciel nuda é gita
lasciando in terra la sua bella spoglia.

Veamos seguidamente la versión de Garcés:

Valle que de mis llantos eres lleno,
río, que dellos tomas más augmento,
pesces, aues, y fieras, qu' el assiento
en tal lugar teneis, y tan ameno.

Ayre con mis sospiros más sereno,
senda dulce, que amarga agora siento,
collado que otro tiempo gran contento
me dauas, con quien tanto agora pueno:

en vosotros conosco lo passado,
mas en mi no, que de vna dulce vista
aluergue soy tornado de amargura.

De aqui via yo mi bien, de donde es ida
desnuda al cielo en passo apressurado,
dexando acá su linda vestidura.

Y finalmente la traducción de Althaus:

¡Oh valle, donde mi lamento suena,
río que tanto con mi lloro creces,
silvestres flores, vagas aves, peces,
que la una y la otra verde orilla enfrena

aura de mis suspiros toda llena,
dulce senda que amarga hoy me pareces,
alcor que me alegraste tantas veces
y ahora me causas tan profunda pena!

Todos sois lo que fuisteis, todavía;
no yo ¡ay de mí! que tan feliz he sido
y soy albergue de infinito duelo;

¡Ah! aquí fuer donde mi bien vivía,
y desde aquí a los cielos ha subido,
dejando al mundo su terrestre velo.

Si la palma ha sido en esta versión para Garcés, no obstante lo discutido de su estro poético y de su buen dominio del idioma, el acierto es del romántico Althaus en este otro Soneto, el 69, que en italiano dice

Erano i capei d' oro all' aura sparsi,
ch 'n mille dolci nodi gli avvolgea:
e' l vago lume oltra misura ardea
di quei begli occhi ch' or ne son si scarsi;

e' l viso di pietosi color farsi
non so se vero o falso mi parea:
i' che l' esca amorosa al petto avea,
qual maraviglia, se di subit' arsi?

Non era l' andar suo cosa mortale,
ma d' angelica forma; e le parole
sonaba altro, che pur voce umana.

Uno, spirto celeste, u nvivo Sole
fu quel ch' i' vidi: e se non fosse or tale;
piaga perallentar d' arco non sana.

Garcés lo traslada en esta forma, un tanto forzada y sin fluencia:

Aquel cabello de oro era esparzido
all aura, que en mil ñudos le enlazaua,
y la luz en estremo relumbraua
del Sol, que de mi suele andar huydo.

Mostrauase me el rostro enternescido
no see si de verdad, o me engañaua,
pues si en mi seno yesca tal estaua

que hay qu' espantar de verme ansi encendido!

Su contoneo no era acá del suelo,
y su boz se mostraua mas que humana,
vn Angel parescia en el asseo.

Un biuo sol, vn noscé que del Cielo,
y aunque algo menos fuera (que no creo)
no porqu' l arco afloxe llega fama.

Pero Althaus logra una cuidadosa y alada versión:

Volaba la dorada cabellera
al aura que en mil nudos la envolvía
y de los ojos el fulgor ardía,
como el sol en mitad de su carrera.

De su piedad, o falsa o verdadera
en el color su rostro se teñía:
yo que al amor dispuesto me sentía
¿qué mucho fue que de improviso ardiera?

No era su leve andar humana cosa,
sino de forma angélica y volante;
no mortal parecía, sino diosa:

y al mirarla así sola semejante
por lo bella, modesta y pudorosa,
yo ser juraba u inmortal amante.

De la labor traductora de Garcés nos ha ofrecido aportes considerables en los últimos tiempos la nueva crítica y los investigadores del pasado colonial del Perú, pero de las versiones petrarquinas de Althaus no teníamos información alguna. La publicación de sus Sonetos italianos abre una insospechada perspectiva tanto para conocer el fondo cultural de una generación y específicamente la formación italiana de Althaus, como para estudiar la «fortuna» del gran poeta aretino en América. El nombre de Althaus se incorpora a la exigua

lista de los insignes traductores de Petrarca en el Nuevo Mundo. Pero volvamos al examen del resto de sus Sonetos italianos y a la apreciación global de los mismos.

En la segunda serie, incluye Althaus 3 sonetos de Dante, a saber, «A Guido», «Saludo a Beatriz» y «Alabanza de Beatriz»; 2 sonetos de Ariosto, o sean: «A una estancia donde esperaba a su amada» y «La cabellera cortada»; 2 sonetos de Miguel Ángel Buonarroti titulados «A Victoria Colonna» y «Desengaño» y, finalmente, 2 sonetos de la propia Victoria Colonna: «Al Cardenal Bembo» y «Recuerdos de su esposo»; en total también 9 composiciones traducidas.

En la tercera serie, se recogen las versiones de sonetos del Cardenal Pietro Bembo (1470-1547) «A Italia» y de Torcuato Tasso (1544-1595) «A San Francisco de Asís» y «Compara su amada a la aurora»; de Vicenzo Monti (1754-1828) «A una doncella que profesaba» y «En otra profesión»; de Vicenzo da Filicaia (1642-1704) «A Italia»; de Hugo Foscolo (1778-1827) «A mi hermano» y «A la amada», y por último, un soneto de Giuseppe Giusti (1809-1850) titulado «Los 35 años». Totaliza esta serie igualmente 9 sonetos, con lo cual tenemos en las 3 series 27 sonetos.

El autor de las versiones se esforzó por mantener la fidelidad al original, orillando un tanto la tendencia general de los traductores románticos de hacer versiones libérrimas. Pero en Althaus y en su propia poesía, dominó siempre una tónica clásica que también informa sus traslados. En medio del logrado valor literario de estas versiones, cabría formular un reparo: la fuerte personalidad literaria del traductor se ha impuesto demasiado, al punto que todos los sonetos traducidos se parecen entre sí en el tono y estilo y resultan, al parecer más obras de Althaus que de sus respectivos autores. De otro lado, los autores clásicos y románticos traducidos sienten y se expresan al unísono, y las versiones no se han cuidado de mantener el «aire» personal de cada autor. -61- La técnica de su modelado paciente y castigado, demostrada con las variantes que se anotan en las dos publicaciones de 1873 y 1874, con sólo pocos meses de diferencia, acabó por esfumar el carácter de cada autor traducido, aunque, al mismo tiempo, demuestra en Althaus a un verdadero orfebre de la palabra y a una extraordinaria capacidad en el oficio literario.

-62-

Sonetos italianos

Traducidos por Clemente Althaus1

Primera serie

De Francesco Petrarca (1304-1374)

- I -

Recuerda que el viernes santo fue el día en que conoció a Laura

Era el día en que el sol se puso un velo
para llorar de su Hacedor la muerte,
cuando me ataron con cadena fuerte
vuestros soles, que eclipsan al del cielo2.

Fue en el tiempo, e iba sin recelo
de que Cupido con su arpón me acierte,
cuando cautivo me sentí, de suerte3
que entre el duelo común nació mi duelo.

Hallome Amor del todo desarmado,
y viendo abierta al corazón la vía,
por los ojos entró con desenfado.

Pero ningún honor hace, a fe mía,
a él herirme con flecha en tal estado
y a vos disimular el arma impía.

- II -

Belleza de Laura

Volaba la dorada cabellera
a Laura que en mil nudos la envolvía,
y de los ojos el fulgor ardía,
como el sol en mitad de su carrera.

De su piedad, o falsa o verdadera,
en el color de su rostro se teñía:
yo que al amor dispuesto me sentía,
¿qué mucho fue que de improviso ardiera?

No era su leve andar humana cosa,
sino de forma angélica y volante;
no mortal parecía, sino diosa:

y al mirarla así sola semejante
por lo bella, modesta y pudorosa,

yo ser juraba su inmortal amante.

- III -

Vergüenza amorosa

Lleno de una ilusión que me desvía
de todos, y me aísla en este suelo,
aún de mi mismo recatarme suelo,
buscando a aquella que esquivar debía.

Llega con tan suave altanería,
que el alma tiembla para alzar su vuelo;
¡Tantos suspiros trae y tanto duelo
esta enemiga del amor y mía!

Tal vez un rayo de piedad, divino,
que brillar en sus ojos me parece,
hace que en parte mi temor se venza.

¡Mas, cuando hablarla al fin me determino,
cuando pensé olvidando, me enmudece4
de casto amor la natural vergüenza!

- IV -

En presencia de Laura no puede hablar ni llorar ni respirar

El conservarte pura de mentira5
y haberte siempre cuanto pude honrado
¡qué mal, ingrata lengua, me has pagado,
causándome tal vez vergüenza e ira!

En faz de Laura tu valor expira
para pedir merced, y o te has callado,
o imperfectas palabras balbuceando,

como de hombre que sueña o que delira.

¡Lágrimas tristes que la noche entera
fieles me acompañáis! ¿Por qué delante
de mi Laura no puedo desparciros?

¡Y vosotros, oh férvidos suspiros,
también enmudecéis de tal manera
que solo habla mi pálido semblante!

- V -

La noche y la aurora

Desear la noche y maldecir la aurora
acostumbran los prósperos amantes;
mas la noche mis duelos más punzantes
hace, y los templa el alba bienhechora[6],

pues en ella tal vez abren a una hora[7]
un sol y el otro como dos levantes[8],
en belleza y en luz tan semejantes,
que el cielo de la tierra se enamora.

La noche anhela el amador amado[9]
que en sus tinieblas, de su dulce amiga
gozar espera el cariñoso lado;

mas yo es justo que siempre la maldiga,
pues en ella mi sueño idolatrado
su cruda ausencia a lamentar me obliga.

- VI -

Laura en el cielo

Me alzó mi mente a la feliz esfera[10]
que a los que amaron en su edén encierra[11];
yo a la que busco y no hallo aquí en la tierra[12]
vi más hermosa y menos altanera.

-66-

Asió mi mano, y dijo: «Aquí te espera
conmigo amor, mi anhelar no yerra:
yo soy la que te dio tan cruda guerra
y de su edad murió en la primavera.»

«Mi bien no cabe en pensamiento humano:
tú solo faltas y el mortal vestido
que tanto amaste, y que dejé en el suelo».

¿Por qué, callando, me soltó la mano?
Que de tan dulces voces al sonido,
casi con ella me quedé en el cielo.

- VII -

Volviendo a Valclusa años después de la muerte Laura

¡Oh valle donde mi lamento suena,
río que tanto con mi lloro creces,
silvestres flores, vagas aves, peces,
que la una y la otra verde orilla enfrena!

¡Aura de mis suspiros toda llena,
dulce senda que amarga hoy me pareces,
alcor que me alegraste tantas veces
y ahora me causas tan profunda pena!

Todos sois lo que fuisteis, todavía;
no yo ¡ay de mí! que tan feliz he sido
y soy albergue de infinito duelo.

¡Ah! aquí fue donde mi bien vivía,
Y desde aquí a los cielos ha subido,

dejando al mundo su terrestre velo.

- VIII -

En la muerte de Sennucio, poeta y amante

Aunque quedo sin ti, solo y desierto,
caro Sennucio, al cabo me consuelo;
porque del cuerpo donde estabas muerto
gloriosa tu alma remontó su vuelo.

Ya puedes, lejos de este mundo incierto,
las maravillas contemplar del cielo,
y de mil y mil astros el concierto;
yo templo así con tu placer mi duelo.

Te ruego que de Venus en la esfera
por mí saludes al divino Dante
y a Beatriz su dulce compañera;

y dile a Laura que su triste amante,
mientras con ella reunirse espera,
en lloro vive y en dolor constante.

- IX -

Ave infeliz que, sin un punto ceses13,
lamentas tu fugaz tiempo pasado,
viendo el infierno lóbrego a tu lado
y tras de ti el día y los alegres meses.

Si, como sabes tu pesar, supieses
mi semejante doloroso estado,
compasivo con este desgraciado
tus tristes quejas a partir vinieses.

Yo no sé si igual fuera nuestra suerte;
que tal vez, la que lloras tiene vida,
cuando a mi Laura, arrebató la muerte.

Mas la hora, la estación y la sentida
queja con que no dejas de dolerte
a decirte mis penas me convida.

Segunda serie

Sonetos de Dante, Ariosto, Miguel Ángel y Victoria Colonna

De Dante Alighieri (1265-1321)

- I -

A Guido

Tú Guido, y yo con Lapo desearía
que fuésemos por alto encantamiento
puestos en un bajel que a todo viento
a nuestra voluntad bogara y mía.

Y ni mal tiempo o tempestad bravía
nos pudiese causar impedimento,
antes creciese en el común contento
el deseo de estar en compañía.

Y allí el encantador condescendiente
también pudiese a nuestras damas bellas,
Beatriz, Juana y la que Safo adora:

¡Y hablando allí mi amor eternamente,
tan satisfechas cual nosotros ellas,
se nos huyese un siglo como una hora!

- II -

Saludo a Beatriz

Tan honesta parece y tan hermosa
mi casta Beatriz cuando saluda,
que la lengua temblando queda muda
y la vista mirarla apenas osa.

Ella se va benigna y humillosa14
y oyéndose loar, rostro no muda
y quien la mira enajenado duda
si es visión o mujer maravillosa.

Muéstrase tan amable a quien la mira
que al alma infunde una dulzura nueva
que solo aquél que la sintió la sabe.

- III -

Alabanza de Beatriz

Lleva en sus ojos al amor sin duda
la que embellece todo lo que mira;
y tal respeto su presencia inspira,
que el corazón le tiembla al que saluda.

Dobla él la faz que de color se muda
y sus defectos al sentir suspira;
huyen ante ella la soberbia e ira;
¡oh bellas, dadme en su loor ayuda!

Toda dulzura, toda venturanza
nace el alma del que hablar la siente;
mas, si en sus labios la sonrisa brilla,

se muestran tal, que ni la lengua alcanza
nunca a decir, ni a comprender la mente
tan nueva e increíble maravilla.

De Ludovico Ariosto

- I -

A una estancia donde esperaba a su amada

¡Venturosa prisión, cárcel suave,
no por amor, no por venganza fiera,
me tiene la más linda carcelera
a quien es bien que agradecido alabe!

Otros cautivos, al sonar la llave,
temen llegada su hora postrimera;
mas yo me alegro, que el placer me espera,
no juez severo, ni sentencia grave.

Me aguarda el más cortés recibimiento,
libre plática exenta de embarazos,
dulces halagos y caricias siento:

de cadenas en vez, floridos lazos,
y besos sabrosísimos sin cuento,
y largos, estrechísimos abrazos.

- II -

La cabellera cortada

¿Son éstos los rubísimos cabellos

que ya bajando en trenzas elegantes,
ya llovidos de perlas y diamantes,
ya al aura sueltos, eran siempre bellos?

-71-

¡Ah! ¿Quién los pudo separar de aquellos
vivos marfiles que ceñían antes,
del más bello de todos los semblantes,
de sus hermanos más felices que ellos?

Médico indocto, ¿fue el remedio solo
que hallaste, el arrancar con vil tijera
tan rico pelo de tan noble frente?

Pero sin duda te lo impuso Apolo
para que así no quede cabellera
que con la suya competir intente.

De Miguel Ángel Buonarotti (1475-1564)

- I -

A Victoria Colonna

Imposible parece y nos lo advierte
empero la experiencia, que más dura
de mármol insensible una figura
que su autor, presa en breve de la muerte15.

Más que la causa es el efecto fuerte,
por el arte es vencida la natura:
lo sé yo a quien da gloria la escultura,
y ya me acerco a la vejez inerte.

Tal vez a ti y a mí dar larga vida
puedo con el cincel o los colores,
adunando mi amor y tu semblante.

Y mil años después de la partida,
se verán tus hechizos vencedores,
y cuánta razón tuve en ser tu amante.

- II -

Desengaño

Llegó ya el curso de la vida mía
por tempestuoso mar, en frágil barca,
al común puerto, en el que se da parca
cuenta de toda acción, injusta o pía.

¡Cuánto ello la amorosa fantasía
que del arte hizo su ídolo y monarca!
Que en cuanto alumbra el sol y el mar abarca
es todo error cuanto el mortal ansía.

Devaneos de amor, triunfos del arte,
¿qué sois, hoy que a dos muertos me avecino?
Una es segura, la otra me amenaza.

No habrá pintar, no hay esculpir que hoy harte
al alma vuelta a aquel amor divino
que de la cruz al universo abraza.

De Victoria Colonna (1492-1547)

- I -

Al Cardenal Bembo

¡Ay! ¡cuánto fui a mi sol16, contrario al hado
que antes el numen con su rayo ardiente

no os encendió, para que eternamente
fuerais más claro vos, el más loado!

Con vuestro estilo noble y levantado
entre todos famoso y excelente
su nombre hubierais del ocaso a oriente
de la segunda muerte preservado.

-73-

¡Pudiese daros yo el ardor, que siento,
o vos a mí la inspiración suprema,
para cantar un mérito tan nuevo!

Mas al cielo dejamos descontento
vos porque no escogisteis ese tema,
yo porque de tal sol a hablar me atrevo.

- II -

Recuerdos de su esposo

De mi sol claro, con la muerte ciego,
aquí miro doquier las dulces huellas;
ciego no; más allá de las estrellas
arde con luz más clara y vivo fuego.

Aquí vencido de mi amante ruego,
él me mostró sus cicatrices bellas,
y yo mis labios estampaba en ellas,
y las bañaba de mi llanto el riego.

Sus brillantes victorias me contaba
y el modo y la ocasión con la serena
faz con que abría la contienda brava;

de llanto rompo en dolorosa vena,
pues lo mismo que un tiempo me alegraba
me causa ahora inconsolable pena.

Del Cardenal Pietro Bembo (1470-1457)

- I -

A Italia

Oh tú del mundo la más bella parte,
que ciñe el vasto mar y el Alpe cierra,
oh dulce, alegre, deleitosa tierra;
que alto y soberbio el Apenino parte.

En vano el pueblo te dejó de Marte
señora de la mar y de la tierra,
hoy tus antiguas siervas te hacen guerra
y no cesan de herirte y de pegarte.

Ni falta entre tus hijos quien ajeno
poder devastador convide y llame
y hunda su espada en tu materno seno;

no queda ya quien te respete y ame.
¡Oh duro siglo de maldades lleno!
¡Oh estirpe vil, degenerada, infame!

De Torcuato Tasso (1544-1595)

- I -

A San Francisco de Asís

¡Oh tú a quien Cristo con su propia mano
en el cuerpo imprimió las hondas huellas
de las llagas sangrientas cuanto bellas
que recibió en el leño soberano!

Pues, ya, a tu pío Salvador cercano
resplandecer las miras cual estrellas,
no dejes que la voz de mis querellas
a sus oídos se levante en vano.

Sus golpes para mí son tan violentos
como suaves para ti las llagas;
estas eran de amor, esos son de ira;

mas tú me los endulzas; tú me inspiras
tanto tu puro ardor que con él hagas
que en Dios hallé felices mis tormentos.

- II -

Compara su amada a la aurora

Cuando sale la Aurora y su faz mira
en el espejo de las ondas; siento
las verdes hojas susurrar al viento;
como en mi pecho el corazón suspira.

También busco mi aurora; y si a mí gira
dulce mirada, muero de contento;
veo los nudos que en huir soy lento
y que hacen que ya el oro no se admira.

Mas al sol nuevo en el sereno cielo
no derrama madeja tan ardiente
la bella amiga de Titón celoso.

Como el dorado rutilante pelo
que orna y corona la nevada frente

de la que hurtó a mi pecho su reposo.

De Vincenzo Monti (1754-1828)

- I -

El día que en tu faz la gloria entera
del grande sacrificio fulguraba
y una luz de los cielos hechicera
en tus ojos extática brillaba.

A tu oído la queja lastimera
de tu doliente Juventud sonaba
y sobre tu cortada cabellera
la despreciada Libertad lloraba.

El placer lisonjero te ofrecía
sus deleites funestos y a la entrada
con mano audaz tu veste removía;

¡mas tú las puertas, invencible y fuerte,
cerraste de tu mística morada
y le diste las llaves a la Muerte!

- II -

En otra profesión

¡Oh Libertad! ¡Oh de héroes madre santa,
y de los hombres principal derecho
que está grabado en todo noble pecho
y nuestra parte superior levanta!

¿Pues cómo así con atrevida planta
te deja incauta virgen y su techo
nativo trueca por el claustro estrecho
y eterno cautiverio no la espanta?

Mas no; que, aunque parece que te huella
al hierro dando su dorado pelo,
quien más te busca, Libertad, es ella;

más libre la hace su ceñido velo,
porque la misma servidumbre es bella
si eterna Libertad nos da en el cielo.

-77-

De Vincenzo da Filicaia (1642-1704)

- I -

A Italia

¡Italia, Italia! ¡Oh tú a quién dio la suerte
el don fatal de la beldad y en ésta
de mil males y vil dote funesta!
¡Oh! ¡menos bella fueras o más fuerte!

Así o lograras invencible hacerte
o no tentaras con tu luz modesta
la codicia de aquel que te detesta
fingiendo amarte; y que te reta a muerte.

¡No viera el Alpe entonces mil torrentes
de armados galos derramar do quiera
y que tu noble sangre el Po colora!

Ni por el brazo de extranjeras gentes
inútilmente combatir, te viera,
para servir, vencida o vencedora.

De Hugo Foscolo (1778-1827)

- I -

A mi hermano

Un día, sino fuera siempre huyendo
me sentaré en tu tumba con agudo
dolor, ¡oh hermano de mi amor!, gimiendo
que tan joven hallaras fin tan crudo.

Sola hoy la Madre, lágrimas vertiendo,
habla de mí con tu cadáver mudo;
mas yo ambos brazos vanamente os tiendo
y de lejos mi dulce hogar saludo.

Siendo tus mismos; males torticeros,
y al puerto pido paz do le acogiste,
ya fatigado de estos mares fieros.

Es la última esperanza que me asiste;
¡siquiera mis huesos, píos extranjeros,
volved al pecho de la madre triste!

- II -

A la amada

Así el entero día en largo, incierto
sueño gimo; mas luego cuando aduna
la noche las estrellas y la luna,
frío el aire y de sombras ya cubierto,

donde el llano es selvoso y más desierto

lento entonces vagando, una por una,
palpo las llagas que la vil fortuna
y Amor y el mundo han en mi pecho abierto.

Tal vez cansado, apoyo me da un pino
o con mis esperanzas, allí donde
suena la onda, tal vez hablo y deliro.

Mas las iras del mundo y del destino
olvidando por ti, por ti suspiro
luz de mis ojos, ¿quién a mí te esconde?

De Giuseppe Glusti (1809-1850)

- I -

Los treinta y cinco años

Ya tengo treinta y cinco, y desterrada
está del todo la locura mía;
o si un grano me queda todavía
por algún pelo blanco está templada;

conmigo vida menos agitada
de media prosa y media poesía
vida de estudio y plácida alegría,
mundana en parte, en parte retirada.

Y prosiguiendo con la danza aquesta
viendo temas de risa por doquiera,
vendrá la muerte a concluir la fiesta.

Moriré alegre, si mi vida entera
mereciese una lápida modesta
que lleve escrito: «No mudó bandera».

Apéndice17

-80-
Sonetos de Petrarca

(Texto original italiano) (Traducción de Henrique Garcés)

Soneto 3

Era 'l giorno ch' al Sol si scoloraro
per la pietà del suo Fattore i rai:
quand' i' fui preso, e non me ne guardai,
che i be' vostr' occhi, Donna, mi legaro.

Tempo non mi parea da far riparo
contra colpi d'Amor: però n' andai
secur, senza sospetto: onde i miei guai
nel comune dolor s' incominciaro.

Trovommi Amor del tutto disarmato.
Ed aperta la via per gli occhi al core;
che di lagrime son fatti uscio e barco.

Però, al mio parer, non li fu onore
ferir me di saetta in quello stato,
e a voi armata non mostrar pur l'arco

-81-

- I -

En el día que al Sol mas s' enturbiaron
los rayos por piedad del autor dellos,
fuy preso, y fin pensar señora vellos,
del todo vuestros ojos m' engañaron.

El tiempo y triste ornato m' engañaron,
que no pensé que amor se hallasse entre'ellos,
ansi mis graues daños sin temellos
en el común dolor se començaron.

Hallome Amor del todo desarmado
y por mis ojos (ya dos puras fuentes)
al coraçon se entró muy de callado.

El cierto ganó poco entre las gentes
herirme de saeta en tal estado,
y el arco au no mostraros siedo armada.

-82-

- 69 -

Erano i capei d'oro all' aura aparsi,
che'n mille dolci nodi gli avvolgea:
e'l vago lume oltra misura ardea
di quei begli occhi ch'or ne son si scarsi.

E'l viso di pietosi color farsi,
non so se vero o falso mi parea:
i'che l'esca amorosa al petto avea,
qual maraviglia, se di subit' arsi?

Non era l'andar cosa mortale,
ma d'angelica forma; e le parole
sonavan altro, che pur voce umana.

Uno spirto celeste, un vivo Sole
fu quel ch' i' vidi: e se non fosse or tale;
piaga per allentar d'arco non sana.

- II -

Aquel, cabello de oro era esparcido
à Laura, que en mil ñudos le enlazaua,
y la luz en estremo relumbraua
del Sol, q de mi suele andar huydo.

Mostrauase me el rostro enternescido
no seê si de verdad, ó me engañaua,
pues si en mi seno yesca tal estaua,
que hay qu' espantar de verme ansi encendido?

Su contoneo no era acà del suelo,
y su boz se mostraua más que humana,
vn Angel parescia en el asseo.

Vn biuo sol, vn noscè que del Cielo,
y aunque algo menos fuera (que no creo)
no porqu'el arco afloxe llaga fama.

Pien d' un vago pensier, che mi desvia
da tutti gli altri e fammi al mondo ir solo,
ad or ad or a me stesso m'involo
pur lei cercando, che fuggir devria:

e veggiola passar si dolce e ria,
che l'alma trema per levarsi a volo;
tal d'armati sospir conduce stuolo
questa bella d'Amor nemica, e mia.

Ben, s'io non erro, di pietate un raggio
scorgo fra'l nubiloso altero ciglio,
che'n parte rosserena il cor doglioso:

allor raccolgo l'alma; e poi ch' i'aggio
di scovrirle il mio mal preso consiglio,
tanto le ho a dir, che incominciar non oso

- III -

Lleno de vn pensar vago que desuia
de mí todo otro nueuo pensamiento,
desahilado voy fuera de tiento
tras aquella de quien huyr deuia,

y veola tan dulce y poco pia,
qu'el alma mia temblar por yrse siento,
tanto armado sospiro en seguimiento,
tras la enemigo và de amor y las mia.

Mas de piedad (sino me engaño) vn rayo
por debaxo dos arcos salir veo,
que aliuia algo a mi pecho congoxoso,

y recogida el alma, si me ensayo
a descubrir mi mal, y mi desseo
es tal, que començar no scè, ni aun oso.

- 41 -

Perch'io abbia guardato di menzogna
a mio podere, ed onorato assai,
ingrata lingua, già però non m'hai
renduto onor, ma fatto ira, e vergogna:

che quando più 'l tuo aiuto mi bisogna
per dimandar mercede, allor ti stai
sempre più fredda; e se parole fai,
sono imperfette, e quasi d'uom che sogna.

Lagrime triste, e voi tutte le notti
m'accompagnate, ov'io vorrei star solo:
poi fuggite dinanzi alla mia pace.

E voi sì pronti a darmi angoscia, e duolo,
sospiri, allor traete lenti, e rotti,
solo la vista mia del cor non tace.

- IV -

Ingrata lengua, por lo que he mirado
por ti, qu'en menoscabo no callesses,
creyendo que otra tal paga me diesses,
con yra y con vergueça me has dexado:

que quando pensé ser aprouechado
de ti, que fria entonces te boluiesses!
y que lo que dezias profiriesses!
como el q' de gran sueño ha despertado!

Vos lagrimas continuas que oluidarme
jamas sabeys, al tiempo que os hauia
mas menester, venistes á dexarme!

Sospiros tambien vos que á gran porfia,
salis, alli faltastes por matarme!
solo el rostro mi pecho descubria.

La sera desiar, odiar l' aurora
soglion questi tranquilli e lieti amanti;
a me doppia la sera e doglia e pianti,
la mattina e per me piu felice ora;

she spesso in un momento apron allora
l' un Sole, e l' altro, quasi duo Levanti,
di beltati e di lume si sembianti,
ch' anco 'l ciel della tierra s'innamora.

Come gia fece allor ch i primi rami
verdeggiar che nel cor radice m' hanno,
per cui sempre altrui piu che me stess' ami.

Cosi di mi due contrarie ore fanno:
e chi m' acqueta, e ben ragion ch'i' brami;
e tema ed odj ch m'adduce affanno

-85-

- V -

La noche dessear y odiar la aurora
suelen estos alegres namorados,
en mi la noche augmenta los cuydados
lo que algun tanto el alua se mejora:

que a vezes salen juntos a deshora
vn sol, y el otro en todo pareados
de luz y de beldad tan arreados,
que aun de la tierra el cielo se enamora.

Qual yua començando nueuamente
a verdeguear la planta que se vee
en mi pecho arraygada y muy querida.

Tales sentia estas horas en mi mente,
ansi la buena es bien que la dessee,
y la contraria sea aborrescida.

-86-

- 261 -

Levommi il mio pensier in parte ov'era
quella ch'io cerco, e non ritrovo in terra:
iva fra lor che 'l terzo cerchio serra,
la rividi piu bella e meno altera.

Per man mi prese, e disse: in questa spera
sarai ancor meco, se 'l desir non erra:
i' son colei che ti die' tanta guerra,
e compie' mia giornata innanzi sera.

Mio ben non cape in intelletto umano,
te solo aspetto, e quel che tanto amasti,
e lagguiso e rimaso, il mio bel velo.

Deh perche tacque ed allargo la mano?
ch'al suon de'detti si pietossi e casti
poco manco ch'io non rimasi in cielo.

- VI -

Alçome el pensamiento hasta donde era
la que buscando andaua aca en la tierra,
y entre aquellos qu'el orbe tercio cierra
la vi muy mas hermosa y plazentera.

Y de su mano asido en esta esphera
seras (dixo) comigo, sino yerra
mi desseo, yo soy quien tanta guerra
te dio, y en el partir suy delantera.

Mi bien no cabe en intellecto humano
solo te espero: lo que amaste tanto
alla baxo quedò (mi lindo velo)

Ay porque se calló? y largò la mano?
que al son de aquel hablar piadoso y santo,
por poco me quedara alla en el cielo.

Valle, che de' lamenti miei se' piena;
fiume, che spesso del mio pianger cresci;
fere silvestre, vaghi augelli e pesci,
ch l'una e l' altra verde riva affrena.

Aria de' miei sospir calda e serena;
dolce sentier, che si amaro riesci;
colle, che mi piacesti, or mi rincreci,

ov'ancor per usanza Amor mi mena;

ben riconosco in voi l'usate forme,
non, lasso, in me; che da si lieta vita
son fatto albergo d'infinita doglia.

Quinci vedea 'l mio bene, eper quest' orme
torno a veder ond'al ciel nuda e gita
lasciando in terra la sua bella spoglia

- VII -

Valle que de mis llantos eres lleno,
rio, que dellos tomas mas augmento,
pesces, aues, y fieras, qu'el assiento
en tal lugar teneys, y tan ameno.

Ayre con mis sospiros mas sereno,
senda dulce, que amarga agora siento,
collado que otro tiempo gran contento
me dauas, con quien tanto agora peno:

en vosotros conosco lo passado,
mas en mi no, que de vna dulce vista
aluergue soy tornado de amargura.

De aqui via yo mi bien, de donde es ida
desnuda al cielo en passo apressurado,
dexando acà su linda vestidura.

Sennucio mio, benche doglioso e solo
m'abbi lasciato, i' pur mi riconforto,
perche del corpo ov'eri preso e morto,
alteramente se' levato a volo.

Or vedi insieme l'uni e L'altro polo,
le stelle vaghe e lor viaggio torto;
e vedi 'l veder nostro quanto e corto,
onde col tuo gioir tempro 'l mio duolo.

Ma ben ti prego che 'n la terza spera
Guitton saluti, e messer Cino e Dante,
Franceschin nostro e tutta aquella schiera.

Alla mia Donna puoi ben dire, in quante
lagrime i' vivo; e son fatto una fera,
membrando 'l suo bel viso e l' opre sante.

- VIII -

Aunque Sennucio acâ solo y penoso
dexado me ayas, tomo gran consuelo
en ver que la prision dexas de buelo,
y que al cielo te subes glorioso.

Por ver que ves agora muy gozoso
los polos y otras lumbres en el cielo,
y ves quãro es mas corto el ver del suelo
con esto oluido el llanto congoxoso.

Mas bien te ruego que en la tercia esphera
saludes a Guidon, a Dante, y Cinno,
y nuestro Francisquin no se te aluide.

Y a mi señora di, qu' en vna fiera
soy buelto con lamento tan contino
como el verme tan lexos della pide.

Vago augelletto, che cantando vai,

ovver pianggendo il tuo tempo passato
vedendoti la note e'l verno a lato,
e 'l di dopo le spalle, e i mesi gai.

Se come i tuoi gravosi affanni sai,
cosi sapessi il mio simile statto,
verresti in grembo a questo sconsolato
a partir seco i dolorosi guai.

I' non so se le parti sarian pari,
che quella cui tu piangi e forse in vita,
di ch' a me Morte e 'l ciel son tanto avari.

Ma la stagione e l'ora men gradita,
col membrar de'dolci anni, e degli amari,
a parlar teco con pieta m' invita

- IX -

Vaga auecilla, que con vario acento
lamentas por los tiempos q han passado,
viendo el verano y día rematado,
y del inuierno y noche el descontento.

Si como de tu mal sabes el cuento,
supiesses de otro tal mi triste estado,
vedrías a este seno atribulado
a repartir con el desse tormento.

Mas esta particion cómo se haria?
qu' el que tú lloras puede tener vida,
y a mi la tierra y cielo me han robado.

La memoria que mi dolor me enbía,
y el tiempo, y el lugar tan apropriado,
a razonar contigo me conbida.